

EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE NUESTRO TIEMPO*

La responsabilidad de la política internacional en las democracias pesa, principalmente, sobre el Ministro de Relaciones Exteriores.

A diferencia de sus colegas, el huésped de la Cancillería hace él mismo su trabajo técnico.

Mientras que el Ministro de Hacienda no recauda las rentas ni efectúa los pagos, ni el Ministro de Fomento ejecuta los trabajos públicos, ni el Ministro de Marina comanda los buques, el Ministro de Relaciones Exteriores, personalmente, lo hace todo.

Es el centro de recepción de las informaciones diplomáticas: lee las piezas del correo diario y los extractos de la prensa, conoce los informes de los altos funcionarios de la Cancillería y de los agentes del país en el exterior y les imparte sus instrucciones. Recibe y negocia con los representantes de las potencias extranjeras.

Mantiene relación estrecha y constante con el Jefe del Estado, el Consejo de Ministros, el Cuerpo Consultivo de Relaciones Exteriores, la Comisión Diplomática del Congreso, los miembros de la mayoría parlamentaria, los “leaders” políticos y los periodistas. También hace

* Artículo publicado en la edición N° 7 (1943) de la *Revista Peruana de Derecho Internacional*.

una intensa vida social, porque la importancia del salón del Ministro fue grande en todos los tiempos.

Cada día el cargo se hace más delicado y difícil, y exige mayores aptitudes y condiciones en la persona que lo desempeña.

El Ministro de Relaciones Exteriores de nuestro tiempo debe reunir no sólo todas aquellas cualidades de inteligencia, cultura, conocimiento de los problemas internacionales y capacidad de trabajo, de las que habla Talleyrand en su conocido y famoso elogio del Duque de Reinhard, sino muchas otras más que hacen necesarios y hasta indispensables los usos, reglas y costumbres de la vida diplomática moderna.

Hasta el estallido de la Gran Guerra de 1914-1918, los Ministros de Relaciones Exteriores rara vez se veían los unos a los otros y cuando negociaban entre ellos, en representación de sus países, lo hacían por medio de notas y de telegramas, pues en aquellos tiempos ni siquiera existía el servicio telefónico a larga distancia.

Hoy, en cambio, debido al progreso de la ciencia puesto al servicio de la diplomacia, los Ministros de Relaciones Exteriores con frecuencia abandonan sus tareas habituales para cumplir con las funciones de un enviado extraordinario y de un negociador técnico.

Son embajadores universales que recorren países, visitan capitales, representan, pero, sobre todo, negocian y muchas veces tienen que discutir los más importantes problemas de la política internacional, sobre las mesas de los banquetes y en los wagones de los express, bajo los proyectores de los cineastas y en presencia de periodistas, dibujantes y fotógrafos.

El Ministro de Relaciones Exteriores de nuestro tiempo, necesita ser un excelente viajero, por aire, mar y tierra, listo siempre a trasladarse de un lugar a otro, bajo la presión de las más distintas circunstancias y debe poder trabajar lo mismo, en la tranquilidad de su gabinete ministerial, rodeado de las mayores comodidades, que en el interior de la cabina de un avión o de un transatlántico, cruzando mares o pasando altas montañas y sufriendo los más violentos y fuertes cambios de temperatura.

También debe encontrarse siempre en aptitud de poder absolver personalmente o por teléfono, las consultas más difíciles, hechas algunas veces desde muy lejanas tierras y resuelto a ocupar en cualquier momento las más variadas tribunas para representar o para defender el honor y los intereses de su país, ante la opinión pública universal.

Para facilitar los viajes de sus ministros de relaciones exteriores, ya son muchos los países que poseen aviones y carros-pullman especiales, dotados de todas las comodidades y elementos de trabajo necesarios.

En tiempos de guerra, los ministros viajan en “fortalezas volantes” o en trenes blindados que llevan ametralladoras y baterías antiaéreas.

Gracias a la radio, los ilustres viajeros pueden estar en contacto permanente con sus ministerios y viajar enterándose de las últimas noticias, de la revista de prensa y de la marcha de las cotizaciones de valores y productos, índices seguros de la situación internacional.

El sistema de los viajes de los Ministros de Relaciones Exteriores, que todo hace pensar que ha entrado a formar parte, definitivamente, de las costumbres políticas y diplomáticas, si bien es cierto que tiene la ventaja de que los hombres de Estado de los diferentes países se conocen y tratan personalmente los asuntos, lo que facilita la solución de los problemas y ahorra tiempo, ofrece también serios inconvenientes y grandes peligros, ya que las palabras que ellos pronuncian tienen un efecto y una repercusión particular pudiendo algunas veces llegar hasta a comprometer seriamente al país y a la paz, siendo sumamente difícil el poder desautorizarlos.

Comprendiéndolo así los Ministros de Relaciones Exteriores, conscientes de su deber y de su responsabilidad, sólo realizan viajes diplomáticos por motivos muy especiales e importantes y cuando viajan lo hacen acompañados por hábiles y expertos colaboradores, a los que con frecuencia ceden el puesto cuando se trata en las reuniones de asuntos técnicos, con lo que sólo revelan talento y patriotismo y la firme voluntad de servir los más altos intereses nacionales y humanos despojados de todo sentimiento de vanidad personal.

Tan honroso cargo tiene también sus riesgos y peligros, como lo prueban los sacrificios de los cancilleres Dollfus y Barthou, asesinado el primero por agentes nazis en su despacho de Viena y el segundo por el mismo terrorista político que diera muerte al Rey Alejandro de Yugoslavia en Marsella.

Es por eso que en nuestro tiempo más que en cualquiera otra época de la Historia, es exacto aquello que decía Talleyrand de que un Ministro de Relaciones Exteriores no cesaba de serlo un minuto durante las veinticuatro horas del día.

* * *